

923
F1230
L3
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Lamora

Covarrubias

SEGUNDA PARTE EL VALOR.

CAPITULO I.

Azahel.



A ciudad de Tlaxcala, que era muy poderosa, se hallaba establecida sobre cuatro laderas, poco distantes entre sí, que se prolongaban de Este á Oeste.

Cada grupo de la poblacion formaba un barrio, y cada uno de estos barrios se hallaba bajo la inmediata direccion de la administracion de un cacique.

Los caciques, á su vez, tambien dependian del senado.

La situacion de la provincia daba lugar á que se desencadenasen sobre ella terribles tempestades, furiosos huracanes, y á que se viesen la ciudad y muchos pueblos amenazados de las inundaciones del rio Zalmal, que algunos años destruia las mieses, arrancaba los árboles, y hasta destruia los edificios.

Creia el populacho, y muchos de los personajes de la república participaban de la misma creencia, que en el fondo del rio habia un mónstruo, cuyos furores eran las consecuencias de aquellas inundaciones.

Para aplacar su ira hacian continuamente sacrificios, y no faltaban butios, que explotando la credulidad de los tlaxcaltecas, fomentaban su supersticion.

Xicotencal era uno de los más supersticiosos.

Al verse perseguido por los clamores del pueblo, que le pedía con insistencia que se presentase á los españoles para implorar la paz, abandonó su albergue, y por las más estrechas y turtuosas sendas se dirigió hácia una cordillera, para buscar en uno de los pueblos formados entre los más escabrosos pliegues de la montaña al butio Azahel, que gozaba de gran fama como intérprete de la voluntad del mónstruo encerrado en las entrañas del rio Zalmal.

En las enfermedades y en los peligros, iban á consultarle los tlaxcaltecas, y todos tenían gran fe en sus predicciones, siguiendo además sus consejos con verdadera fe.

Xicotencal se hallaba en grave apuro.

Tenia en sus manos la salvacion de la república de Tlaxcala, y en su dignidad y en su energía, en su carácter indómito y altanero, la perdicion de su amada patria.

Si accedía á los ruegos de los tlaxcaltecas, perdía todo su prestigio, sufría una horrorosa humillacion; y por el contrario, si se negaba á los deseos de sus compatriotas, solo podía ofrecer á la patria en holocausto una vida inútil despues de las derrotas que habia sufrido.

¿Qué partido tomar?

Nadie como Azahel para calmar sus dudas, para poner término á sus vacilaciones.

Partió, pues, sin comunicar sus proyectos á Amaiza, sin revelar á nadie el objeto de su misteriosa desaparicion.

Despues de haber andado cuatro ó cinco horas por los caminos más solitarios para que nadie pudiera sorprenderle, llegó á la morada de Azahel, y confiándole el objeto de su visita, se encerraron los dos en una habitacion oscura, en donde el butio, á la vez mago, tenia, por decirlo así, su laboratorio.

La habitacion presentaba nn aspecto tétrico, repugnante.

Cuatro paredes de tosca argamasa se elevaban desde el suelo

á gran altura, y estaban coronadas por un techo, que en uno de sus ángulos dejaba entrar oblicuamente una escasa claridad.

Colgado en las paredes habia serpientes y lagartos, y á su lado algunos despojos de víctimas inmoladas en aras de los dioses.

Era Azahel un hombre de sesenta años.

Su rostro infundia pavor.

Las arrugas que el tiempo habia trazado en él, el color gris de su cútis, los adornos y las pinturas con que tenia engalanada su frente, sus mejillas, sus orejas y sus narices, hacian de él un sér repugnante, un verdadero mónstruo.

Al entrar seguido de Xicotencal en aquella especie de mazmorra, se sentó sobre una alfombra tejida con palmas, é invitó á Xicotencal á que le imitase.

A las primeras palabras que pronunció el guerrero:

—Sella el labio, le dijo; ya sé la causa de tu quebranto.

—¿Y no conoces algun medio de exterminar á los enemigos?

—Por fuerza son los que anunciaron las profecías de nuestro pueblo.

—¿No habrá medio de aplacar su enojo? preguntó Xicotencal.

—Solo obteniendo su amistad, le respondió Azahel.

—Eso desea el pueblo de Tlaxcala: eso han ido á pedir los senadores al jefe de los extranjeros; pero se ha negado á escuchar sus súplicas, quiere que el jefe de las tropas que le han combatido, que el temido Xicotencal en persona vaya á postrarse ante él, para gozarse en su humillacion.

Los tlaxcaltecas todos han implorado á su vez de mí que acceda á los deseos del caudillo extranjero.

Pero yo prefiero la muerte.

—Se trata de la salvacion de la patria, exclamó Azahel.

—Por eso he venido á consultar tu ciencia, á pedirte consejo.

—Espera, dijo Azahel.

Se levantó, salió de la habitación, y al poco rato volvió con un tronco de un árbol resinoso encendido.

Arrojó en medio del cuarto aquella especie de tea, y dió dos vueltas en torno de la llama.

Xicotencal le miraba con atención.

Azahel cogió una de las culebras que estaban colgadas, y la acercó á la llama.

En un pequeño receptáculo, formado por la cascara de un coco, recogió la grasa, que por efecto de la acción del calor arrojó la serpiente.

Con la punta de una flecha, impregnada del jugo de la serpiente, trazó algunos caracteres sobre una hoja de plátano seca.

Después de permanecer Azahel un gran rato silencioso:

—Xicotencal, le dijo, es necesario que pases aquí toda la noche, y que duermas sobre ese lecho de palma.

Si la llama dura hasta que nazca de nuevo el sol, y permanecen fijos en la hoja de plátano los signos que acabo de trazar, no tendrás más remedio que acceder á las súplicas de los tlaxcaltecas, ó arruinarás á tu nación.

Al terminar estas palabras, Azahel salió de la estancia, dejando profundamente conmovido al valiente guerrero.

CAPITULO II.

Un sueño.



El valiente caudillo tlaxcalteca quedó abrumado bajo el peso de los dolorosos recuerdos que ocupaban su mente.

El porvenir se presentaba al mismo tiempo á sus ojos con un aspecto horrible.

Fijando su mirada en la tétrica llama que arrojaba la tea, cerró poco á poco sus ojos.

.....
Poco después se hallaba en medio de los campos, bajo un cielo estrellado, y disfrutando el espectáculo de la naturaleza, iluminada por el resplandor de la luna.

Era una noche apacible.

Una de esas noches en que el alma, olvidando todos los pesares de la vida, no puede menos de admirar á la Providencia y de extasiarse ante el espectáculo de las bellezas que la creación ofrece á sus ojos.

En medio de la soledad que le rodeaba, no podía menos de ver con su imaginación á las personas á quienes estaba unido por los estrechos lazos del cariño.

También oía los acentos melancólicos de aquellos seres que se lastimaban de la suerte que les había cabido.

Avanzaba el guerrero rápidamente por las llanuras y los valles, perdiéndose de vez en cuando en los enmarañados bosques, volviendo á aparecer en las cumbres y los cerros que constituían la provincia de Tlaxcala.

Al fin llegó á la ciudad.

Todo estaba silencioso.

Parecía que la muerte proyectaba su sombra sobre aquellos edificios, en otro tiempo manifestaciones de la arrogancia y del poder de Tlaxcala.

Los habitantes se hallaban abatidos.

Habían perdido las esperanzas.

Los extranjeros no querían aceptar la paz si Xicotencal no iba á pedirla.

Xicotencal había desaparecido.

¿Qué sería de ellos?

De un momento á otro llegarían los españoles, y entonces, ¿qué podrían hacer sin el valor, sin el arrojo de Xicotencal?

Los ejércitos aliados que se habían unido á los tlaxcaltecas para luchar contra el enemigo común, habían vuelto á sus hogares.

Los otómies y los totonaques, aquellas razas bárbaras y guerreras, habían traspasado la cordillera, refugiándose en sus guaridas, y llevando en el alma el pavor que los extranjeros habían infundido en todos los indios.

—¡Ah! exclamaba Xicotencal, no pudiendo contener las lágrimas que surcaban sus mejillas. ¿Quién habría dicho que la inmensa, que la poderosa república de Tlaxcala, terror del mismo Moctezuma y de los mexicanos más valientes, habría de presentarse á mis ojos como el humilde esclavo que se arrastra á los piés de su señor!

¿Quién me había de decir que séres sobrenaturales habían de franquear las fronteras inexpugnables de Tlaxcala, para difundir la muerte y el espanto entre sus habitantes!

¿Quién me había de decir que sus llanuras fértiles, sus ríos caudalosos, habían de verse regados con la sangre de mis hermanos!

¿Qué hemos hecho, añadía, para merecer tanto castigo!

Y una voz misteriosa gritaba en su oído:

—Tú eres la causa de la perdición de Tlaxcala.

Tu orgullo no quiere abatirse por nada del mundo.

Una palabra tuya podría volver la alegría á los que hoy lloran bajo el peso de la esclavitud y del temor.

Avanza, vé al cuartel general de los extranjeros, humíllate ante su presencia, implora de su misericordia la salvación de Tlaxcala: no tacharán de cobardía ese acto; todos verán en él una nueva prueba de tu inmenso valor.

Y Xicotencal continuaba avanzando con dirección al pueblo que ocupaban los españoles.

Y á cada paso volvía los ojos hácia Tlaxcala, que la melancólica claridad de la luna asemejaba á un cadáver petrificado.

Sí, exclamó Xicotencal de pronto, yo salvaré á mi patria; yo pediré la paz que desean mis hermanos.

Pero la pediré después de haber luchado cuerpo á cuerpo con el jefe de los extranjeros y de haberle vencido; porque si no es bastante mi poder para luchar con todos, si los tlaxcaltecas no tienen el mismo valor que á mí me anima, yo, luchando con un hombre solo, por poderoso que sea, estoy seguro de vencerle.

Y animado por esta idea, que respondía á un mismo tiempo á sus sentimientos belicosos que á la dignidad de hombre y á la piedad que le inspiraban sus hermanos, avanzó hasta llegar al pié de las almenas del cuartel general de los españoles.

Un indio zempoal salió á su encuentro.

—Eres tú Xicotencal, le dijo.

—Yo, sí.

—¿Qué vienes á buscar aquí, tan solitario y tan abatido?

—Vengo á buscar al jefe de los extranjeros.

—¿Para qué?

—Para luchar con él.

—¡Huye, desventurado, si no quieres perecer á sus manos!

—El exige de mí que implore la paz para los tlaxcaltecas.

Pues bien; lucharé brazo á brazo con él. Si le venzo imploraré la paz, si no le venzo la imploraré tambien, pero al mismo tiempo exhalaré el último suspiro.

El indio zempoal corrió á anunciar á Hernan Cortés los deseos de Xicotencal.

Poco despues bajó el caudillo de los españoles adonde le aguardaba Xicotencal.

Una lucha terrible se trabó entre los dos.

En vano queria el guerrero indio vencer á su enemigo.

Sus músculos de hierro crujian al contacto de la hercúlea mano del capitan de los españoles.

La lucha duraba.

Xicotencal sentia que sus fuerzas iban agotándose.

De pronto cayó al suelo, y Hernan Cortés le sujetó con la rodilla.

—Te he vencido, exclamó, te venceré siempre; pero te perdono la vida, porque tienes esposa, porque tienes hijos, porque los amas, porque ellos te aman, porque el Dios verdadero nos manda perdonar á los que son más débiles que nosotros.

Puedes partir si quieres.

Vuelve á Tlaxcala.

No cumplas mis deseos, no vengas en nombre de tus hermanos á pedirme la paz; poco me importa.

Yo destruiré á Tlaxcala, yo pasaré á cuchillo á sus habitantes, y dentro de poco no quedará ni aun el recuerdo de esa orgullosa república, que ha sido el terror del emperador de México.

Xicotencal no pudo menos de admirar á su vencedor.

Hernan Cortés le dejó en libertad.

—Soy tu esclavo, le dijo Xicotencal. Reconozco que vales más que yo; dispon de mí. Seré tu esclavo; pero salva á mi patria.

.....

En esto estaba, cuando sintió sobre sus hombros el peso de una mano.

Xicotencal abrió los ojos.

Azahel estaba á su lado.

No se habia movido de la habitacion en donde todavía ardia la tea.

—Mírala, dijo Azahel; los dioses quieren que te humilles; en tus manos tienes la salvacion de Tlaxcala. Resuelve.

Dominado por la impresion del sueño que acababa de tener:

—Yo salvaré á mi patria, dijo.

Y abandonando la mazmorra del butio, iluminada su frente por los rayos del sol, corrió á Tlaxcala.

Los primeros que le divisaron anunciaron su llegada.

Amaiza, la desgraciada Amaiza, que le lloraba muerto, corrió con sus hijos á estrecharle entre sus brazos.

—Vengo á salvaros, dijo Xicotencal.

Y una inmensa aclamacion acogió estas palabras.

Seguido de la multitud, seguido de su esposa y de sus hijos, se acercó al senado, en donde los senadores, poseidos de un profundo dolor, lamentaban las desdichas de la patria, sin encontrar remedio á tantas desventuras.

—Yo os salvaré, dijo Xicotencal, estoy dispuesto á pedir la paz, á humillarme ante el caudillo de los españoles.

Pero al mismo tiempo estoy resuelto á castigar la más leve sospecha que tenga alguno al atribuir á cobardía este sacrificio que hago en aras de mi patria.

Sus palabras fueron escuchadas con júbilo.

Xicotencal partió, acompañado de muchos tlaxcaltecas, adonde residia Hernan Cortés.

CAPITULO III.

La realidad.



MIENTRAS esto pasaba al valiente y generoso Xicotencal, procuraban á toda costa evitar los embajadores de Moctezuma cerca de Hernan Cortés que éste con sus soldados aceptase la paz que con tan inusitado empeño imploraban los tlaxcaltecas.

Ajpalapa, el más hábil de los emisarios del emperador de México, adivinó la influencia que ejercía Marina sobre Hernan Cortés y trató de explotar esta creencia.

Procuró celebrar una entrevista con ella.

—Marina, le dijo, aunque estas con los españoles, y hablas su idioma y profesas su religion, por haber abjurado de la tuya, ne desconoces cuán grande, cuán espléndido es el imperio de nuestro gran Señor Moctezuma.

El, que sabe quién eres, me ha encargado que te ofrezca en su nombre cuanto desees, cuanto tu fantasía pueda pedirte, si consigues que los españoles detengan la marcha y no intenten llegar hasta México.

Marina comprendió desde luego las intenciones de Ajpalapa.

No podia, dado su talento, desperdiciar aquella ocasion para conocer la verdadera actitud de Moctezuma.

—¿Por qué quereis tan mal á los españoles? preguntó con simulada candidez.

—Tú no ignoras, añadió Ajpalapa, que los emperadores de México no han querido nunca, no ya que los extranjeros, sino

que ni aun los mismos habitantes de las provincias y tribus próximas al imperio penetren en sus dominios.

Guardan para sus vasallos las riquezas, los beneficios, las felicidades que encierra el recinto donde ejercen su dominio, y no pueden consentir que desobedezcan esta ley los españoles.

—Pues ellos están decididos á ir á México.

¿Acaso teme Moctezuma no poder contrarestar sus deseos por la fuerza?

—¿Y tú me lo preguntas; tú, que has presenciado las batallas que han tenido lugar, batallas en que han alcanzado el triunfo los extranjeros; tú, que acabas de ver derrotados por ellos á millares de indios varoniles, enérgicos, temibles para los mismos mexicanos? ¿Crees que tenemos confianza de poder destruirlos?

¡Ah! No, mil veces no.

Es necesario que tú nos ayudes, que te valgas de todos los medios que sugiera tu imaginacion para impedir que realicen los españoles sus propósitos.

Pide en cambio lo que desees.

Yo te llevaré ante Moctezuma.

Tu belleza despertará gran simpatía en él.

Te amaré, serás preferida entre todas sus esposas, y todos envidiarán tu suerte.

—¿Y qué es lo que quieres de mí? preguntó Marina, á fin de conocer más y más el secreto de los embajadores.

—Quiero que nos ayudes por de pronto á evitar que los extranjeros hagan las paces con los tlaxcaltecas.

Esa paz seria un golpe de muerte para Moctezuma.

Ya cuentan como aliados á los zempoales, y muchas provincias de los confines de México se han unido á ellos.

Si los tlaxcaltecas pelean á su lado, el triunfo será suyo.

Marina habia averiguado lo que deseaba.

Moctezuma temia.

Esto era mucho.

Un enemigo que teme, está casi vencido.

Manifestando á Ajpalapa que haría cuanto pudiera para complacerle; pero que no podía abandonar á Hernan Cortés, porque era esclava suya, dió algunas esperanzas al emisario del emperador de México, y no tardó en comunicar al valiente caudillo los datos que acababa de adquirir.

Al día siguiente llegaron los tamenes cargados con un nuevo y rico presente que enviaba Moctezuma á Hernan Cortés.

Continuaban en sus negociaciones los embajadores, cuando corrió la nueva en el cuartel general de los españoles de que se aproximaban multitud de tlaxcaltecas, presididos al parecer de los más altos personajes de la ciudad.

En efecto; Xicotencal se aprestaba á cumplir su promesa.

Acompañábanle cincuenta caballeros de los más nobles con mantos y plumajes blancos, símbolo de la paz.

Al llegar á la morada de Hernan Cortés le pidió audiencia, y con arrogancia, con valentía, hasta con la satisfacción del hombre que cumple un alto deber, se presentó á su vista, y después de saludarle con las reverencias acostumbradas entre los indios, le habló de esta manera:

—Declaro, dijo, que yo he sido el causante de la guerra que ha inundado de sangre los campos de Tlaxcala.

Pero no he querido luchar contigo ni con los tuyos.

Si os he acometido tan cruelmente, si he procurado destruirlos por completo, ha sido porque creía que érais amigo de Moctezuma, cuyo nombre aborrezco de muerte.

Era verdad.

Hernan Cortés no pudo ocultar la alegría que esta determinación causó en su alma.

—Al luchar con vos, prosiguió Xicotencal, al ser testigo de vuestras hazañas, no he podido ménos admiraros, y hoy me pre-

sento á vos, deseando alcanzar vuestro perdón para mí y para la república, en nombre de la cual vengo á solicitar la paz, que anhela como su único bien.

Acataremos todas las condiciones que nos impongais.

Me humillaré ante tí si es preciso.

Imploraré tres veces en nombre del senado, de la nobleza y del pueblo que accedas á mis súplicas, y si después de verme tan rendido, consideras que soy digno de tu amistad, dámela como el mayor bien que puedes concederme, como el mejor consuelo que puedes ofrecer á mi dolor al verme vencido, al verme obligado á pedirte clemencia.

Ven con los tuyos á Tlaxcala, donde hallarás palacios para habitar y toda clase de regalos; donde hallareis esciavos que os sirvan con alegría, donde hallareis la veneración que se os debe por ser superiores á nosotros.

Solo te pido en cambio tu protección para los tlaxcaltecas, piedad para las pobres mujeres, que no quisieran que la ferocidad de tus soldados destruyera los vínculos que les unen á sus esposos, á su familia.

Hernan Cortés estrechó con efusión la mano de Xicotencal.

—Te perdono, de buen grado, le dijo, porque eres valiente.

Asimismo te ofrezco que al pasar por Tlaxcala no harán daño á ninguno de vosotros.

Vuelve tranquilo á la ciudad.

Ofrécele la paz en mi nombre, y dí al senado que cuando llegue el caso de partir te avisaré con tiempo para que puedas disponer á mis tropas alojamiento, y recibirme de la manera que cumple á mi voluntad.

—¿Aun desconfías de nosotros? dijo el guerrero, sintiendo que no accediese inmediatamente á sus ruegos Hernan Cortés.

¿Ignoras que los tlaxcaltecas desean con vehemencia verte en nuestra ciudad?

Si alguna sospecha abrigas de mí, si dudas de mis hermanos,

yo, que soy el caudillo de todos los tlaxcaltecas, yo y estos nobles que me acompañan, nos quedaremos en rehenes y seremos tus prisioneros mientras permanezcas en la ciudad.

—No es necesaria esa precaucion, contestó Hernan Cortés; no necesito rehenes, ni mucho ménos temo por la seguridad de mis soldados ni la mia al penetrar en Tlaxcala.

Iré cuando convenga á mis propósitos.

Entre tanto te he ofrecido la paz, y mi palabra basta para que creas en ella.

En obsequio tuyo, adelantaré mi jornada, y para mayor prueba de que es la verdad lo que te digo, te ofrezco mi amistad.

Y Hernan Cortés abrió los brazos.

Los dos caudillos se estrecharon.

Al despedirse, dijo Hernan Cortés á Xicotencal:

—No tardaré en pagarte la visita. Pero ántes necesito concluir ciertas negociaciones que tengo comenzadas con unos embajadores de Moctezuma.

Partió Xicotencal á llevar la feliz nueva á los tlaxcaltecas, y aprovechó Hernan Cortés los momentos para mostrar á los mexicanos el verdadero triunfo que habia tenido entre los habitantes de Tlaxcala.

Ajpalapa exclamó:

—¿Y has dado crédito á sus promesas? ¡Mentira parece que un hombre tan sabio y tan poderoso como tú se haya dejado engañar de una gente tan miserable como los tlaxcaltecas!

Haz lo que quieras.

Pero si en algo estimas el afecto que te profeso, renuncia á esa idea y no tengas trato alguno con esa gente.

Los tlaxcaltecas aprovecharán la primera ocasion para hacer-te pagar muy cara la humillacion que les haz obligado á hacer.

—Lo creo y no lo temo, contestó Hernan Cortés, como no temo á nadie.

Al ver los embajadores de Moctezuma la formal resolucion de Hernan Cortés:

—Concédenos al ménos seis soles, le dijeron, para dar cuenta á nuestro soberano de todo lo que pasa.

Accedió Hernan Cortés á esta súplica para no romper las negociaciones, aparentemente amistosas, de los emisarios de Moctezuma, tanto más, cuanto que este tiempo podia servir para convencerle una vez más de la sinceridad de los deseos de los tlaxcaltecas.